N. 15.

16

TRAGEDIA.

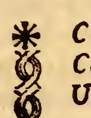
LA ZAYDA.

TRADUCIDA DEL FRANCES AL CASTELLANO.

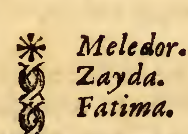
Corregida y enmendada en esta segunda impresion. En el año de 1782.

ACTORES.

Orosman. Nereſtan. Luſiñan.



Caſtillon. Coraſmin. Un Eſclavo.



Meledor. Zayda. Fatima.

ACTO I.

SCENA I.

Salen Zayda y Fatima.

Fat. HErmoſa Zayda, eſtraño los afectos que de improviſo eſta manſion te inſpira.
¿Que deſtino felíz ò que eſperanza,
han cambiado los dias de horror llenos,
en dias agradables y tranquilos?
Con tu belleza crece tu alegria,
y las continuas lagrimas no turban
la brillantéz ſerena de tus ojos.
Ya no los vuelves al dichoſo clima
que aquel Francés gallardo nos pintaba,
y à donde conducirnos eſperaba:
ni haces memoria ya de los Paíſes,
donde ſon veneradas las mugeres,
rindiendolas los hombres cada dia
el obſequio que Zayda merecia:
donde ſon compañeras de ſu eſpoſo,
y el eſpoſo las trata qual Señoras.
Donde libres ſin crimen por ſu guſto
contenidas, no temen ſus virtudes
à la dura opreſion, al miedo, al ſuſto.
La libertad no excita tus deſeos?
¿La rigida manſion de eſte Serrallo
te es agradable? ¿No te cauſa pena
el nombre vil de eſclava? ¿Has olvidado
por Solima las margenes del Sena?

Zay. Jamás deſea nadie lo que ignora.
Nací à la orilla del Jordan famoſo;
y en mi tierna niñéz habiendo ſido
à eſte Serrallo auguſto conducida,
logro hacermele grato de coſtumbre.
Al Soldán que nos tiene en ſu dominio
mi pecho adora: por quererle tanto,
el mundo me abandona: en el no veo
mas q̃ à Oroſman, ſu gloria, ſus hazañas:
vivir con Oroſman es mi deſeo;
lo demás un delirio.

Fat. ¿Yá olvidaſte
al iluſtre Francés que tantas veces
nos prometió romper nueſtras cadenas?
Qué admiracion nos daba ſu oſadía!
¡Quanta gloria ganó en los infelices
combates que los miſeros Chriſtianos
junto à los muros de Damaſco dieron!

Su valor admirando el victorioso
Orosman, permitió que se ausentase
baxo su fé y palabra: todavia
espero ha de volver à rescatarnos
cumpliendo su promesa: ¿te persuades
será falible mi esperanza?

Zay. Temo
que prometió mas que cumplir podia.
Dos años han pasado, y aun no ha vuelto.
Un estrangero incognito, un cautivo
Fatima, ofrece mucho y cumple poco;
y por salir de esclavitud, se arroja
à juramentos mal considerados.
El rescate de diez Chiitianos nobles
ofrecia traer, ò en su defecto
entregarse à la dura servidumbre:
demasiado admiré su zelo entonces;
mas ya no hai que esperar.

Fat. Y si volviese
à cumplir sus promesas, no querrias:::-

Zay. Fatima, es tarde ya, todo ha mudado.

Fat. Qué me dices? Pues como:::-

Zay. Ya no es justo
que mas tiempo te oculte mi destino.
Aun no quiere el Soldán que se publique
este secreto; pero no me sufre
el corazon secretos con el tuyo.
Despues que del Jordán fuiste traida
con otras prisioneras al Serrallo;
para dar fin à nuestro desconsuelo
mano mas poderosa emplea el Cielo.
El altivo Orosman:::-

Fat. Prosigue Zayda.

Zay. El fiero vencedor de los Christianos
se ha rendido à mi amor. Qué te sonrojas?
Te turbas? Ya lo entiendo:: no imagines,
no sospeches que yo me haya humillado
à mendigar caricias; ni que intente
la soberbia pasion de un absoluto
dueño, ofrecerme el vergonzoso lauro
de ser su Dama, ni que yo me exponga
al ultraje y al termino grosero
de un amor inconstante y pasagero.
Esta entereza que debemos todas
al felice rubor con que nacimos,
nunca verás que en mi se disminuye:
y antes que à tal mi orgullo se abatiese,
sin pavor miraría las cadenas
y el horrible sepulcro: pero acaba
de admirarte. Orosman à mi atractivo
su altivéz, su valor y su fé rinde.
Entre tantas bellezas que su agrado
procuran adquirir, yo solamente
fijar sus atenciones he logrado:
y bien presto verás que el himeneo
pone à mis plantas mis competidores,
y à mi amante somete à mi deseo.

Fat. Tus virtudes, tu gracia, tu belleza
merecedoras son de la fortuna
que yo celebro mucho mas que admiro,
Lleguen al colmo tus felicidades
si es posible; que yo me tendré siempre
por muy dichosa en ser esclava tuya.

Zay. Igual mia serás: de mi fortuna
participe has de ser; porque mas dulce
repartida contigo me parece.

Fat. Quiera el Cielo sufrir esta alianza:
y ojala esa grandeza que te espera,
y à quien à vezes dán el falso nombre
de dicha, no te dexe allá en el fondo
del corazon algun remordimiento!
Nada sientes en él que te detenga?
¿Jamás te hace memoria de que fuiste
Christiana en otro tiempo?

Zay. Ah! qué me has dicho!
Que me recuerdas, Fatima querida!
Sé por ventura lo que soy? ¿Permite
acaso el Cielo me conozca, y sepa
à que padres debí la triste vida?

Fat. Nerestan que nació en tu misma Patria,
te dixo que tu padre fué Christiano:
¿pero como lo dudas quando tienes
la mejor prueba en esa Cruz divina,
que desde la niñéz orna tu cuello?
En esa Cruz señal de los Christianos,
que oculta de los ojos el brillante
diseño artificioso de esa joya;
¿quien sabe, Zayda, si quedó contigo
para que te sirviese de recuerdo
de la fidelidad que deberias
al gran Dios que abandonas?

Zay. Solo tengo
ese confuso indicio: ¿y con él quieres
siga otro Dios que el q̃ mi amante sigue?
El habito y costumbre me inclinaron
desde mi tierna edad, à que siguiese
la

la ley de los altivos Musulmanes:
aquel cuidado que desde la infancia
se tiene de nosotras, nos imprime
costumbres, opiniones y creencia.
Si en el Ganges hubiera yo nacido,
seria esclava de los falsos Dioses:
si estubiese en París fuera Christiana:
estoi aqui, y aqui soi Musulmana.
Fuera de aquella luz que el Cielo envia
sobre los corazones de los hombres,
todo se debe à la instruccion primera,
y à aquellos caracteres que los padres
graban en nuestros tiernos corazones,
que con la edad y exemplos se renuevan,
y que Dios solamente borrar puede,
como borra en efecto en muchas almas
que le buscan humildes y obedientes.
Tu no fuiste encerrada en el Serrallo
hasta que con la edad la razon firme,
para alumbrar tu fé te dió sus luces.
Mas yo cautiva de los Sarracenos
en la cuna, la fé de los Christianos
conocí ya mui tarde: con todo eso
lexos de aborrecerla, te confieso
que à vezes esta Cruz sin saber como,
de temor y respeto me llenaba:
y à vezes à invocarla me atrevia
quando Orosman mi pecho no ocupaba.
Amor y reverencia me infundia
vuestra ley, cuyos dogmas otro tiempo
me explicó Nerestan: ley admirable
de caridad, y de dulzura llena,
q̃ de todos los hombres forma un Pueblo
de hermanos, y los hace venturosos,
pues les impone obligacion de amarse.

Fat. Y porque contra ellos te declaras?
Enemiga serás de los Christianos
si à la ley de Mahoma te sugetas,
y de su altivo vencedor esposa
llegas à ser.

Zay. ¿Quièn reúsar podria
la oferta de su alma generosa?
Yo te confieso toda mi flaqueza.
Christiana hubiera sido, amiga; al culto
de vuestro Dios me hubiera dedicado
si no hubiese Orosman, si amor no hubiese.
Pero el me adora, y todo lo he olvidado:
solo me acuerdo de Orosman: el gozo
de ver quanto me quiere, ya no cabe
dentro de mi: figurate en la idéa
aquel amable aspecto, sus hazañas,
su brazo vencedor de tantos Reyes;
el explendor, la gloria que rodea
su augusta frente; pero no repares
en el Sólio y el Cetro que me rinde.
La gratitud es debil recompensa,
y vil tributo que al amor ofende:
amo à Orosman, no amo su corona,
mi amor es solamente à su persona:
puede ser que me engañe; mas si el Cielo
riguroso le hubiera condenado
à la esclavitud misma que sufrimos,
y à mis leyes hubiese sugetado
el Asia toda; Zayda en este dia
à impulsos de su amor, del alto Sólio
para elevarle à él descenderia.

Fat. Pasos oygo ácia aqui, y él es sin duda.

Zay. Mi corazon lo dice: ah! de que gozo
se llena el alma! Ausente del Serrallo
dos dias hace ya que no le veo,
y el amor tierno me le restituye.

SCENA II.

Sale Orosman.

Oros. Virtuosa Zayda, antes que himeneo
llegue à unirnos, y enlace para siempre
nuestro destino y nuestros corazones,
como buen Musulman me ha parecido
que deberia hablarte con franqueza
de mi amor, mis idéas è intenciones.
La practica, los usos y costumbres
de los Soldanes que Asia reverencia,
no servirán de regla à mi conducta.
Bien sé yo que mi ley propicia al gusto
abre un campo sin limite al deseo:
que pudiera admitir de mil beldades
rendidas à mis pies adoraciones;
tranquilo en el Serrallo dictar leyes:
los Pueblos gobernar desde el obscuro
centro de los placeres voluptuoso.
Pero si es grata esta molicie, acerbas
suelen ser sus resultas, y yo veo
cien Monarcas por ella dominados.
Veo que los Califas, succesores
cobardes de Mahoma, temerosos
en su triste grandeza, en las ruinas

del Altar y del Trono reclinados
consumiendose están en Babilonia
sin fama y sin poder, quando serian
dueños del mundo como sus abuelos
si hubieran sido dueños de sí mismos.
A Solima y la Siria de sus manos
arrebató Bullon; pero muy luego
por destruír una enemiga secta,
suscitó Dios el brazo poderoso
de Saladino. Conqustó mi padre
despues hasta el Jordán: ¿y yo heredero
debil de una grandeza mal segura,
indolente, he de ver que los Christianos,
ambrientos de rapiña, à estos confines
desde el extremo occidental se vengan?
Y entre tanto que desde el Nilo al Ponto
resuenen los clarines y el estruendo
de la guerra, entregado à amores viles
me esconderè en el fondo de un Serrallo?
No Zayda, no: te juro por mi vida,
por mi gloria y el fuego q̃ me enciende,
no tener otra Dama, ni otra esposa:
y que este corazon invicto, solo
entre tí y entre Marte se divida.
Y no has de imaginar que yo confie
mi honor y las virtudes de mi esposa
de esos monstruos del Asia, del Serrallo
infames centinelas, y ministros
viles de los placeres de su dueño.
Te he de estimar no menos que te amo,
y fiaré de tí misma sus virtudes.
Estas son mis idéas: ya conoces
que mi felicidad pongo en tí sola:
¡y qué acíbar violento infestaría
la duracion odiosa de mis años,
si solo mereciesen mis ofrendas
aquella gratitud con que se suelen
pagar los beneficios! De tí espero
un amor que se iguale con el mio.
Soi extremoso en todo, Zayda, amado;
sin ardor me creyera aborrecido.
Mi caracter es este. Quiero amarte,
y quiero complacerte hasta el exceso:
si tu pecho se halla poseído
de igual amor, hoi has de ser mi esposa.
Consideralo, y mira que himeneo
hacerme lograria desdichado,
quando à tí no te hiciese venturosa.

Zay. Tu, Señor, desdichado! Ah! si tu noble
corazon, si tu alma generosa
pueden fundar sus dichas en el mio,
¿quién jamás habrá sido tan felice?
De amantes y de esposos los sagrados
y dulces nombres nos seràn comunes.
Mas yo llevaré siempre la ventaja
de haber debido mis felicidades
à la mano que adoro; ser su hechura,
y amar al fin al heroe que ahora admiro.
Ah! Orosman, si entre todas las beldades
sujetas à tu Imperio, discerniste
las rendidas ofrendas de mi alma:
si tu eleccion:::-

SCENA III.

Sale Corasmin.

Cor. Señor, aquel Christiano
à quien baxo su fé diste permiso
para ir à Francia ha vuelto, y pide
audiencia.

Fat. Oh Cielos!

Oros. Donde está? Y porque viene?

Cor. En la proxima estancia se detiene,
porque juzgué, Señor, que no debia
ningun Christiano en tan augusto sitio
presentarse à la vista de su dueño.

Oros. Entre ya: y desde ahora en todas partes
à nadie se le niegue mi presencia:
que detesto y desprecio las horribles
maximas de tiranos invencibles.

SCENA IV.

Sale Nerestan.

Ner. Respetable enemigo, à quien estiman
los Christianos, ya vuelvo à q̃ se cumplan
tus juramentos y los mios. Todos
los he cumplido por mi parte; ahora
cumplelos tu. De Fatima, de Zayda,
y diez ilustres Caballeros traygo
el rescate ofrecido. Prometiste
su libertad quando con el volviese.
Cumple pues, tu promesa. No son tuyos
ya: desde ahora quedan por mi libres.
Mas si mi zelo y mis solicitudes
han roto sus cadenas, consumidos

todos mis bienes, todos mis recursos,
aun remota esperanza no me queda
de hacer por mi lo que por ellas hago:
solo conservo una pobreza noble.
Doi libertad à otros; satisfago
mi obligacion, mi honor y juramento.
Esto me basta, en tu poder me tienes:
dispon de mí como de esclavo tuyo.

Oros. Esa grandeza de animo me agrada,
Christiano: ¿mas tu orgullo ha presumido
que en generosidad à Orosman vence?
Libre te dexo, guarda tus riquezas,
y al oro y joyas que traxiste, añade
mis dadivas: en vez de diez Christianos
ciento te doi, escoje los que quieras:
llevalos à tu patria, y manifiesten
que en la Siria tambien se hallan
virtudes.
Mas entre los cautivos que te entrego,
no se comprende Lusiñan: él solo
te exceptuo: su nombre me tendria
siempre con sobresalto, y mal segura
mi autoridad; porque en sus venas corre
aquella sangre que reynó en Solima,
y su derecho al trono es un delito
que le condena: así son los fatales
decretos de los hados, si el me hubiera
vencido, yo seria el delinquente.
En la prision acabará sus dias
sin vér la luz del Sol: le compadezco;
pero será preciso se sugete
à la necesidad, y que perdone
un resto de rigor y de venganza:
y en quanto à Zayda, tenlo por seguro:
su precio es superior à quanto alcanza
tu poderio: mas que digo tuyo?
Quantos Guerreros, quantos Soberanos
hai en la Francia, y en la Europa entera
jamás podrán sacarla de mis manos.

Ner. Qué escucho! Advierte que nació Christiana,
y que en su libertad tu fé empeñaste,
y ella la suya. Lusiñan.... acaso
un anciano infelice...

Oros. Te repito
que así lo quiero. Estimacion me deben
tus prendas; mas tu espiritu arrogante
me empieza à disgustar; sál de aqui
al punto;
y el que al primer alvór te halle mañana
mui lexos de Solima... *vase Nerestan.*

Fat. Socorrednos, gran Dios!

Oros. Tu bella Zayda, vete, toma
posesion del Imperio en el Serrallo:
manda en el como Reyna, interin viene
hoy mismo el himeneo à coronarte.

Vanse Zayda y Fatima.

Oros. Amigo Corasmin, que habrá querido
decirla aquel esclavo? ¿Suspiraba:
ácia ella sus ojos se volvian...
y ella... no reparaste?

Cor. ¡Qué preguntas,
Señor! ¿tu das entrada à los recelos?

Oros. Recelos! ¿Pues pudiera envilecerme
y abatirme yo tanto? ¿Yo entregarme
al horror de un suplicio vergonzoso?
Yo amar del modo con que se aborrece!
Quien con facilidad recibe zelos,
à que le ofendan estimula. Zayda
vive à mi amor rendida, y yo la adoro.
No tengo zelos, no: si los tubiera...
si en mi pecho sintiese..... Ah! deseche-
mos
tan importunas necias aprehensiones.
De un placer suave y puro siento lleno
mi corazon. Vé, Corasmin, prepara
el aparato y pompa del solemne
vinculo que ha de hacerme venturoso.
Dedicaré yo ahora breve tiempo
à los cuidados de mi Monarquía,
y daré à Zayda lo demás del dia. *vase.*

ACTO II.

SCENA I.

Salen Nerestan y Castillon.

Cast. Vén, Nerestan, ilustre Caballero
esforzado, que rompes este dia
las cadenas de tantos infelices:
redentor generoso de Christianos,
que el Redentor del mundo nos envia:
manifiestate ya, goza la tierna
satisfaccion de vér como à tus plantas
ba-

bañan todos sus manos bienhechoras
con lagrimas que vierte el regozijo.
En tropel à las puertas del Serrallo
clamando están por tí, no les dilates
este consuelo, vén paraque unidos
à su libertador logren....

Ner. Modera,
valiente Castillon, unos elogios
que no merezco por haber cumplido
la obligacion comun de los Christianos.
Yo solo he executado aquello mismo
que hubieras hecho en mi lugar.

Cast. Sin duda
todo Christiano y todo Caballero
debe à Dios y à su ley sacrificarse.
Nuestra gloria mayor consiste, amigo,
en hacernos con gusto desdichados
porque los otros sean venturosos.
Feliz aquel à quien concede el Cielo
poder cumplir obligacion tan noble.
Mas nosotros juguete miserable
de la fortuna fuimos olvidados
del mundo en esta dura servidumbre,
que nos impuso Noralino fiero.
Sin tí jamás veriamos la patria.

Ner. Dios se sirve de mi: su providencia
el rigor de Orosman ha quebrantado.
Mas las piedades y clemencia odiosa
de ese altivo Soldán; quanta amargura
vierten sobre sus mismos beneficios!
Dios vé mi corazon sencillo, y sabe
que mi unico objeto era su gloria,
y que sin otro fin solicitaba
restituirle una belleza joven,
que en mi niñéz conmigo reduxeron
à esclavitud los crueles adversarios
de nuestra Santa Fé, quando inundada
la Siria, en nuestra sangre sorprendieron
à Lusiñan vencido en Cesarea.
Libre de la prision volví á sufrirla
segunda vez, y al fin me permitieron
que baxo mi palabra à Paris fuese,
esperando que à Zayda llevaria
despues à aquella Corte venturosa,
à donde el justo Luis ha establecido
la tranquila mansion de las virtudes.
La Reyna desde el Trono la estendia
su mano protectora; pero quando
el momento llegó de libertarla
de esclavitud, no solo me la niegan...
ella misma olvidando à los Christianos
por el Soldán... Dexamosla nosotros
tambien, no hablemos de ella, pues tenemos
mayor motivo de mortal disgusto.
Ya se acaba el consuelo y la esperanza
de los Christianos.

Cast. Yo por mi te ofrzco
en su favor mi libertad y vida;
tuyas son mis acciones, dispon de ellas.

Ner. Lusiñan, ese resto de una estirpe
fecunda en heroes, ese generoso
guerrero cuya gloria llena al mundo,
de Bullon infelice descendiente
morirá en las prisiones.

Cast. De ese modo
inutiles han sido los esfuerzos
de tu zelo, Señor; ¿pues que soldado
habrá tan vil que dexe las cadenas,
quedando en ellas su inclito caudillo?
Ah! qué tu Lusiñan no conociste
qual le conocí yo! ¡Qué venturoso
puedes llamarte por haber nacido
despues de aquellos desastrados dias,
dias llenos de sangre y de furores,
quando cayeron estos sacros muros
en poder de inhumanos vencedores!
Hubieras visto destruir el Templo:
profanar el Sepulcro Sacrosanto
del Dios à quien servimos: nuestros padres
nuestras esposas, nuestros dulces hijos,
dar el postrer aliento entre las llamas
al pie de los Altares: destrozado
nuestro ultimo Rey, sobre los cuerpos
de sus hijos los Principes que iban
à espirar... En instantes tan terribles,
Lusiñan animando nuestra audacia
en medio de las ruínas de los Templos
llenos de vencedores y vencidos,
y muertos todavia palpitantes,
valeroso, el acero en una mano
teñido en sangre infiel, y en la otra
enarbolada la señal Divina
de nuestra Redencion, en altas voces,
no desmayemos, conservad Christianos

à

à nuestro Dios fidelidad, clamaba.
Cubriendole sin duda en aquel trance
con sus alas el todo Poderoso
le abrió el camino, y le sirvió de guia
para que conduxese à Cesarea
la turba de los miseros Christanos
que pudieron librarse del cuchillo.
Alli con voz unanime le aclaman
todos por nuestro Principe y Caudillo.
Mas ay, ilustre Nerestan, que el Cielo
por abatir nuestra altivéz, no quiere
premiar en esta vida transitoria
nuestra virtud! En vano combatimos
por honor nuestro. ¡Que infeliz memoria
me llena de pavor, y me estremece!
Aun exalaban humo las cenizas
de la infelíz Jerusalén, à tiempo
que en nuestro asilo por los fieros Scitas
de repente asaltados y vendidos
por un Griego traidor: la misma llama
que deboró à Sion, hasta los muros
de Cesarea se estendió furiosa.
Aquel fué el postrer dia de treinta años
de infelices combates. Alli vimos
à Lusiñan cargado de cadenas
que impavido, insensible à su caida
(y grande en las desgracias) solamente
lastimaban su pecho generoso
los males que sufrian sus hermanos.
Desde aquel dia lexos de nosotros
este padre comun de los Christianos,
encanecido en las prisiones gime,
olvidado del Asia y de la Europa:
tal es su situacion... Y quando el sufre
por nosotros tan misero destino,
¿habria Caballero que admitiese
dicha que à Lusiñan no comprehendiese?

Ner. Es verdad que esta dicha fuera propia
de indignos corazones. Yo detesto
la fortuna cruel que nos espera
de Lusiñan: y tu discurso aumenta
la tierna inclinacion que le he tenido.
Nací en medio de sus adversidades,
y las sé todas, porque no he podido
oirlas, ni contar sin conmoverme.
La tuya y su prision, la voráz llama
de Cesarea fué el primer objeto
que se imprimió en mis ojos. Todavia
me parece que veo las horribles
imagenes que acabas de pintarme.
Entre yertos cadaveres de fieles
en lo interior de un Templo asesinados
me encierran los feroces homicidas,
con otros muchos niños que arrancaban
del seno de sus madres moribundas.
Desde alli à este Palacio nos conducen,
donde el Soldán dispuso me criase
con esa Zayda, que despues... (perdona
estos suspiros) que despues perjura,
por un barbaro amante seducida,
el Dios de sus abuelos abandona.

Cast. La funesta politica seguida
en todos tiempos por los Musulmanes
es pervertir la juventud Christiana.
Gracias al Cielo doi, de que propicio
para bien nuestro quiso libertarte
de sus astucias en tus tiernos años.
Pero dime, Señor, la misma Zayda,
esa infiel Zayda que nos abandona
por el Soldán su amante, no podria
con su favor servirnos de recurso?
Sea qual fuese, amigo, el instrumento
de que se sirve à Dios que nos importa?
Los sabios y los justos sacar saben
de las desgracias y aun de los delitos
que remediar no pueden, algun fruto.
Del afecto que Zayda te profesa,
te podrias valer para inducirla
à que aplaque à Orosman, y le reduzca
à entregar ese anciano venerable;
de quien acaso está compadecido,
à quien admira, y que temer no puede.

Ner. Mas querrá Lusiñan que por librarle
de la prision, à medios vergonzosos
nos humillemos? Y quando el quisiera,
¿como conseguiré verme con Zayda?
¿Te has persuadido que Orosman permita,
que para mi segunda vez se abra
la inacesible puerta del Serrallo?
Y aunque lograse verla, ¿que podemos
esperar ya de una muger perjura,
à quien dará sonrrojo mi presencia,
leyendo en mi semblante su ignominia?
Qué duro se hace á un pecho generoso,
pedir favor al mismo à quien no puede
me-

menos de despreciar! Quando le niega
irrita; y dá rubor si le concede.
Cast. Tén compasion de Lusiñan.
Ner. La tengo,
y haré.... mas de que modo.... ácia aqui llega
alguno. Cielos! ella es:

S CENA II.

Sale Zayda.

Zay. Te vengo,
noble Francés, buscando, con permiso
del Soldán para hablarte: no te immutes
al verme; y alentado mi oprimido
corazon que palpita en tu presencia,
no vea yo pintados en tu rostro
el quexoso desden, ni los baldones.
Rubor y desconfianza nos causamos
el uno al otro, y yo deseo y temo,
que se encuentre mi vista con la tuya.
Desde la edad mas tierna contragimos
la mas pura aficion: que las prisiones
pasamos los dos juntos: nuestra infancia
nos oprimió la suerte con el peso
de una misma cadena, que la dulce
reciproca amistad aligeraba:
quanto sentí, quanto lloré la ausencia
que la primera vez à Francia hicistes!
Volviste à las prisiones de Solima,
y libremente me era permitido
verte y hablarte: confundida entonces
en la turba de esclavas aun vivia
sin que el Soldán me hubiese conocido.
Poco tiempo despues fuese grandeza
de animo generoso, piedad fuese,
ò como creo yo fuese cariño;
segunda vez te vió París en busca
del rescate de Zayda, con èl llegas
en sazon que los hados lisongeros,
fixandome en Solima para siempre,
inutilizan una accion tan noble.
Mas yo lo juro: todo el embeleso,
y todo el explendor de mi fortuna,
no podrán conseguir que me separe
de ti, si que me cueste amargo llanto.
Siempre publicaré tus beneficios:
siempre me será grata la memoria
de tu virtud: procuraré imitarte
siempre, en compadecer à los humanos,
y en dar alivio à sus miserias; siempre
haré oficio de madre à los Christianos:
seré su protectora.
Ner. Protegerlos,
tu que los abandonas? ¿Tu que huellas
por un barbaro amante las cenizas
de los ilustres Lusiñanes?
Zay. Dexa
los baldones, Señor: à honrarlos vengo;
à cumplir vuestros votos; à entregaros
ese ultimo resto de una excelsa
familia; vuestro amor, vuestra esperanza:
libre está Lusiñan, y muy en breve
le vereis.
Cast. Qué nos dices? ¿Qué verémos
en breve nuestro padre, nuestro apoyo?
Ner. Te deberemos tanto beneficio?
Zay. Timida y desconfiada fuí à pedirle,
y el Soldán generoso le concede
à mi ruego: à este sitio le conducen.
Ner. Oh Dios! qué conmocion siento en el alma!
Zay. El llanto à pesar mio ha de impedirme
verle y hablar con él: del mismo modo
que este anciano me he visto yo en prisiones:
¿Quién no se compadece de los males
que tambien ha sufrido?
Ner. Cielos! Como
encierra un alma infiel virtudes tales!

SCENA III.

Salen Lusiñan y esclavos Christianos que le conducen.

Lus. ¿Quién es el que me saca de la obscura
habitacion horrible de la muerte?
Estoy entre Chrstianos? Guiad, amigos,
mis pasos vacilantes. Las desgracias
mas que la edad los han debilitado.
Se sienta en una silla.
Puedo creer en efecto que estoi libre?
Zay. Si Señor, no lo dudes.

Cast. Y viviendo
en libertad, las penas y zozobras
calman de los Christianos infelices.
Lus. Oh dia! Oh dulce voz! Castillon eres
tu? Vuelvo à verte Martyr valeroso
como yo de la fé de nuestros padres?
Abrazame. ¿El gran Dios à quien servimos
puso ya fin à nuestras desventuras?
Qué sitio es este?
Cast. Es el Palacio augusto
que construir mandaron tus abuelos,
ahora profana habitacion del hijo
de Noralino.
Zay. El dueño que le ocupa,
el inclito Orosman, distingue y ama
las virtudes, Señor. Ese gallardo
Francés que no conoces, conducido
por el honor desde París venia
el rescate à traer de diez Christianos;
y el Soldán, cuya gloria no permite
que en magnanimidad nadie le exceda,
quiere igualarle en una accion tan digna,
dandote libertad.
Lus. Si, siempre ha sido
ese el caracter propio de los nobles.
Francés ò generoso Caballero,
¿has pasado los mares para darnos
socorro y quebrantar nuestras cadenas?
Dime, á quien debo tanto beneficio?
Nerest. Nerestan es mi nombre: la fortuna
adversa que en la Siria me reduxo
desde la infancia à duro cautiverio,
favorable despues hizo lograse
la libertad: de mi valor guíado
fuí à la Corte de Luis, donde he aprendido
el arte de la guerra baxo el mando
de aquel heroe, de aquel Monarca grande
por su esfuerzo, y maior por sus virtudes.
Lusiñ. De esa sublime Corte en otro tiempo
admire el explendor, quando à Felipe
obedecia la victoria: entonces
fuí en los rudos combates compañero
de Memoransi, de Melun, de Nesle,
y de Cucy aquel rayo de la guerra.
Mas ahora no puedo lisongearme
verla segunda vez. Ya habreis notado
quan proximo me véo del sepulcro.
Oy mismo iré à pedir al Rey de Reyes
se digne dar el premio à tantos males
como he sufrido por su honor: vosotros
testigos generosos de mi muerte,
mi suplica escuchad compadecidos.
Nerestan, Castillon, y tu Señora,
que te dignas honrar mis desventuras
con tu llanto, en mis ultimos momentos
tened piedad de un infelice padre,
cuyas lagrimas tiernas no es posible
enjugar de sus ojos moribundos.
Una hija y tres hijos que tenia
me arrebataron en su tierna infancia ::-
Bien puedes acordarte de ello, amigo
Castillon.
Cast. Todavia esa memoria
me estremece.
Lusiñ. Conmigo prisionero
en la asolada Cesarea, viste
padecer mis dos hijos y mi esposa.
Cast. Si Señor, y mis manos ya ligadas
no los pudieron socorrer.
Lusiñ. Ay triste!
Esposo y padre yo no espire entonces!
Velad desde lo alto de los Cielos,
hijos del alma, cuyo auxilio imploro
sobre vuestros hermanos, si es que existen
todavia en el mundo. El menor de ellos,
y mi infelice hija reservada
del barbaro puñal fueron traidos
à este Serrallo, para que viviesen
incognitos y lexos de su padre,
oprimido en infame servidumbre.
Cast. En el horror de aquel nuevo peligro
tenia yo en mis brazos vuestra hija,
que saque de la cuna; y no esperando
salvarla, iba à verter sobre su frente
el agua Sacrosanta del Bautismo.
Exclamando furor à mi se acercan,
y la arrebatan. Vuestro tercer hijo,
que quatro años complidos no tenía,
capáz de conocer sus desventuras,
capáz ya de sentirlas, à Solima
fue tambien conducido con su hermana.
Nerest. Que confusas idéas! Que recuerdo
pavoroso me agita! Yo tendria
esa edad quando estaba en Cesarea,

y cubierto de ſangre me trageron
aqui con el tropel de los cautivos.
Luſiñ. Nereſtan, te criaſte en el Serrallo?
Tienes noticia de mis hijos? De eſa
edad ſerian :: - y no ſe :: - Señora :: -

Mirando con admiracion á Zayda.

¿Que adorno deſuſado en eſte ſitio
es el que veo en ti? Desde que tiempo
le llevas? Dí.
Zay. Deſde mi tierna infancia.
¿De que nacen ahora eſos ſollozos?
Luſiñ. Dexame ver::- confiaré à mis manos::
Zay. Que nueva turbacion? Señor q̃ haces?
Luſiñ. Oh Cielo! Oh providencia! Ay ojos mios,
no engañeis à mi timida eſperanza!
Será poſible... ſi, ella es... no hay duda...
eſta es la Cruz que regale à mi eſpoſa::-
eſta la joya es con que ſolia
ornar el pecho de ſus dulces hijos,
quando ſu nacimiento celebraba.
Las fuerzas me abandonan ::: - Ah!
Zay. Que eſcucho?
Que ſoſpechas! ::- Señor::- dame ſocorro.
Luſi. Que diviſo, ò mi Dios, en la eſperanza!
Dios muerto en una Cruz por el linage
humano, acaba, que eſta es accion tuya.
Dime, Señora, dime; eſta preſea
ha eſtado en tu poder ſiẽpre? Os trageron
cautivos à los dos de Ceſarea?
Zay. Si Señor.
Ner. Yo ::: -
Luſi Su voz y ſus facciones,
ſon el vivo retrato de ſu madre.
Si, gran Dios, tu lo quieres, tu permites
que viva::- ò Dios, anima mis ſentidos,
que desfallecen con el gozo::- tenme
Caſtillon... Nereſtan... no ſe ſi debo
darte eſe nombre... ¿Tienes por ventura
la ſeñal en el pecho de la herida,
que en mi preſencia una furioſa mano...
Ner. Si Señor.
Luſi. Juſto Dios! Oh favorable!
Oh dichoſo momento!
Ner. Ah Señor! Zayda....

Se arrojan à ſus pies.

Luſi. Acercaos, hijos mios.
Ner. Yo hijo tuyo?
Zay. Señor....
Luſi. Dia felíz que me iluminas: hija,
y hijo mio abrazad à vueſtro padre.
Caſt. En tanta dicha el gozo me anegara.
Luſi. No me puedo apartar de vueſtros brazos,
hijos de mis entrañas: que al fin vuelvo
à verte, amada è infelíz familia?
Te vuelvo à ver digno heredero mio?
Hija... tu... deſvanece mis temores:
librame del error de una ſoſpecha,
que me conturba en medio de mi guſto.
Oh gran Dios! que volvermela han querido:
me la vuelves Chriſtiana? Que ſuſpiras!
Sollozas infeliz? Baxas los ojos,
y callas? Lo comprehendo. Que delito
infame y vergonzoſo...
Zay, No es poſible
ocultartelo ya. Baxo el demonio
de Oroſman... dá el caſtigo que quiſieres
à tu hija, Señor... es Muſulmana.
Luſi. Caiga ſobre mi un rayo: ay hijo mio:
tu eſtorvas que al oírlo yo fallezca.
Seſenta años, ó Dios Omnipotente,
he combatido por tu honor y gloria.
Tu Templo vi aſolar: aniquilado
ví tu culto: en las lobregas priſiones
mis lagrimas ardientes imploraban
tu proteccion para mis triſtes hijos.
Y quando mi familia ſe reune,
quando encuentro una hija, reconozco
que es enemiga tuya? Que infelice
nací! Yo ſoy la cauſa aunque inocente...
mis priſiones... tu padre te ha robado
del corazon la fé de tus abuelos:
motivo de mis ultimas cogojas,
mira la ſangre que corre por tus venas.
Y la ſangre de veinte iluſtres Reyes
todos Chriſtianos como yo, es la ſangre
mas pura de los heroes defenſores
de la divina Ley. Sabes quien eres?
Sabes quien fue tu madre? Y q̃ muy poco
deſpues de darte à luz, poſtrero fruto
de

de un desdichado amor, en mi presencia
la ví despedazada por las manos
atroces de los viles foragidos,
à quienes te entregastes? Tus hermanos,
martires venturosos, desde el Cielo
te dirigen tu voz. El Dios clemente
à quien haces traicion, à quien blasfemas
murió por tí, y por todo el Universo
en los lugares sacrosantos, donde
mi diestra le ha servido tantas veces,
donde te habla por mi boca; mira
ese Templo, esos muros asolados
por tus infames robadores: todo
te hace presente al Dios que veneraban
tus abuelos. Alli el sagrado monte,
donde para lavar nuestras maldades
espirar quiso en una Cruz à manos
de los impios. El Sepulcro cerca
de alli, del qual resucitó glorioso.
A ningun lado moverás la planta
sin ver al Redentor en estos sitios.
Ni es posible que en ellos permanezcas,
sin renegar primero de tu padre,
de tu honor, y del Dios que te ilumina.
Sollozas? Te estremeces, hija mia?
Veo en tu rostro palido la imagen
del arrepentimiento, si; ya miro
que la verdad tu corazon penetra,
Hallo una hija que juzgue perdida,
recobro mi explendor y mi ventura,
será completa si eximir consigo
de la infidelidad mi sangre pura.

Ner. Desde ahora te miro como hermana,
pues que en tu corazon..,

Zay. Oh Padre! Dime
que debo hacer?

Lus. Borrar con una sola
voz mi afrenta: decir que eres Christiana.

Zay. Señor, à tus preceptos me sugeto.
Christiana soy.

Lus. Piadoso Dios, recibe
su confesion desde tu excelso Trono.

* * * * * * *

SCENA IV.

Sale Corasmin.

Cor. El Soldán ha mandado te retires
de este sitio, Señora, y que al momento
de estos Christianos viles te separes
para siempre. Francés sigue mis pasos,
A Nerestan.
pues he de responder de tu persona
y conducta.

Cast. ¡Qué nuevo golpe, Cielos,
nos viene à confundir!

Lus. Fieles amigos,
nuestro valor debe animarse ahora.

Zay. Señor:

Lus. Tu (à quien ignoro todavia
que nombre dar) juras tener guardado
ese secreto?

Zay. Si lo juro.

Lus. Vete,
que Dios completará lo que ha empezado. *vase.*

ACTO III.

SCENA I.

Salen Orosman y Corasmin.

Oros. Te han engañado, amigo, los temores,
pues contra mi no vuelve Luis sus armas.
Cansados los Franceses, ya no buscan
climas que les negó la providencia:
ni abandonan sus fertiles regiones,
por los desiertos aridos de Arabia.
Es verdad que los mares de la Siria
cubre con sus navíos, y que pone
Luis desde Chipre à toda el Asia espanto:
pero no ignoro que aquel Rey se aleja
de nuestros puertos, y amenaza solo
las fecundas riberas del Egipto.
Ya estoy seguro de que su armamento
contra los Mamelucos se dirige,
y que su valor busca à mi adversario
oculto Meledin. Sus divisiones

afirman cada dia mas mi Trono,
y no temo al Egipto ni à la Francia,
al ver que mis comunes enemigos
prodigos de una ſangre que debieran
conſervar cuidadoſos, el empeño
toman de deſtruirſe y de vengarme.
Saca de la priſion eſtos cautivos,
ponlos en libertad: complacer quiero
à ſu famoſo Rey: que ſe los lleven
al mar donde ſe halla, y que Luis vea
y reſpete mi fé. Llevale al punto
à Luſiñan, y dile que le entrego
aquel que por ſu ſangre es aliado
de ſu Corona: al que venció mi padre
dos veces, y mantuvo encadenado
mientras vivió.

Cor. Pero, Señor, ſu nombre
que adoran los Chriſtianos,

Oroſ. No es temible
ſu nombre ya.

Cor. Y ſi Luis?

Oroſ. Tampoco es tiempo
ya de fingir: Zayda lo quiere y baſta.
Si entrego à Luſiñan es un tributo
que yo rindo à mi bella vencedora.
¿Quién es Luis para mi? Zayda es el todo.
Zayda es ſolamente quien conſigue
ſobre mi corazon tanto dominio.
La he cauſado afliccion, y me es forzoſo
ſerenarla de aquel mortal diſguſto
que ha concebido al vér que por el falſo
rumor de los deſignios de la Francia
traté con aſpereza à los Chriſtianos.
Pero que me detiene? Los inſtantes
que en el conſejo malgaſté, dilatan
por una hora mas mi venturoſo
himeneo. Emplear quiero eſta hora
en complacerla. Zayda ſolicita
permiſo para hablar un rato à ſolas
con Nereſtan, aquel noble Chriſtiano
que generoſo...

Cor. Pues, Señor, ¿te rindes
à eſa condeſcendencia todavia?

Oroſ. Y porqué no? Deſde la infancia fueron
eſclavos juntos, y es la vez poſtrera
que ſe han de ver y hablar. En fin, amigo,
nada es poſible, que à mi Zayda niegue,
no hay reſiſtencia en mi: por complacerla
atropello las leyes del Serrallo,
leyes auſteras, que hacen de la dura
neceſidad una virtud odioſa.
Dime, ¿fuí yo formado por ventura
de la ſangre oriental? Nací entre rocas
en medio de la Taurica, y conſervo
la altivéz, las coſtumbres, las paſiones,
la generoſidad de los Scitas
mis deſcendientes. Quiero que la vea
Nereſtan al partir, quiero que todos
tengan parte en mi guſto y alegria.
Deſpues de eſtos inſtantes uſurpados
à mi amor todos ſerán mios: anda,
que eſpera Nereſtan: à eſte apoſento
debes guiar ſus paſos. Obedece
à Zayda bella que ſaldrá al momento.

SCENA II.

Vanſe los dos, y vuelve à ſalir Coraſmin con Nereſtan.

Cor. Chriſtiano, vén, eſpera un poco: ahora
ſaldrá Zayda. *vaſe.*

Ner. ¡En que eſtado, y en que ſitio
la he de dexar! Oh religion! Oh padre!
Oh ternura! Ya viene.

SCENA III.

Sale Zayda.

Ner. ¿Al fin, hermana,
puedo hablarte? ¿A qué tiempo ha permitido
el Cielo que volvamos à juntarnos?
Ya no verás à un padre à quien perſigue
la deſdicha: llegó ſu ultima hora.

Zay. Pues como? Luſiñan...

Ner. Fué tan violenta
la conmocion que hizo en ſus ſentidos
el gran gozo de vernos, que embargando
las acciones del alma, rompió el debil
curſo de los eſpiritus vitales.
Para colmo de horror y de congoja,
en

en aquel trance duda quales sean
la intencion y el estado de su hija;
y en esta incertidumbre, suspirando
pregunta à todos si eres ya Christiana.

Zay. ¿Puedes pensar que falte yo à mi sangre,
y renuncie à mi ley siendo tu hermana?

Ner. Ah! que esta ley no es tuya todavia.
El dia que à nosotros nos alumbra,
para ti se halla en su primer aurora.
Aun falta que recibas el precioso
baño que purifica los delitos,
y nos abre las puertas de los Cielos.
Jurame aqui por nuestras desventuras,
por los Martires santos à quienes debes
la vida, que deseas vér impresa
en tí aquella señal con que distingue
el Salvador Divino su rabaño,
y nos une á sí mismo.

Zay. Si lo juro:
juro en tus manos por el Dios que adoro,
vivir en adelante en su Sagrada
Ley, cuyos dogmas todavia ignoro,
y solicito ansiosa. Pero, hermano,
¿qué me pide esa ley? A qué me obliga?

Ner. A detestar el yugo de un tirano:
à que sirvas, que ames y que adores
al gran Dios que adoraron tus abuelos,
que nacer quiso cerca de estos muros,
que dió la vida aqui por redimirnos,
que à verte me condujo, y ha dispuesto
en este mismo sitio congregarnos:
¿pero me toca hablar de estas materias?
Mas fiel, mas observante, que instruído
solo un Soldado soy que tengo zelo.
Un Ministro de Dios vendrá à traerte
la luz, la vida, y te abrirá los ojos:
tus juramentos reflexiona y mira
no te origine muerte y anatema
el agua Sacrosanta del Bautismo.
Si se me permitiese, volveria
luego con él; ¿pero con que pretexto
lo he de lograr? ¿A quien podré pedirlo
en el Serrallo impuro? ¿Tu formada
de la sangre mejor de veinte Reyes,
esclava de Orosman? ¿De Luis pariente,
hija de Lusiñan, hermana mia,
y esclavà dé un Soldán? Ah! No me atrevo
á decir mas: oh Dios! ¿Nos reservabas
este ultimo ultrage?

Zay. Cruel! prosigue
que no sabes mis intimos secretos,
mis congojas, mis votos, mis delitos:
tén compasion de una infelíz hermana
que ha vivido en error, se abrasa, gime
y muere sin consuelo: soy Christiana,
y ansiosa pido recibir el sacro
raudal del agua que me dices puede
curar mi corazon. No seré indigna
de mi sangre, de tí, de mis abuelos,
de mi misma, de un padre desdichado.
Mas declarate al fin, nada me ocultes:
dime, ¿qual es la ley de los Christianos,
y qual es el castigo à que condena
una infeliz que lexos de sus padres,
abandonada en la prision, hallando
en un barbaro asilo generoso,
su corazon se hubiese enternecido,
y se viese con él?

Ner. Cielos! Qué dices?
La muerte mas violenta.

Zay. Basta, hiere,
abreme el pecho, evita tus sonrrojos.

Ner. Cómo... mi hermana... tu...

Zay. Si: yo me acuso.
Orosman es mi amante: me idolatra,
y con él iba à desposarme ahora.

Ner. Desposarte con él! ¿Puede ser cierto?
¿Y à decirlo te atreves? La real sangre
de Lusiñan tan vil...

Zay. Hiere te digo:
acaba ya... mi corazon le adora.

Ner. Oprobio de un linage esclarecido,
pides la muerte, y eres digna de ella
si solo reparase en tu ignominia,
en mi gloria, en mi honor y el de mi padre,
y de la ley del Dios que no conoces:
y si la religion no detuviesen
mi brazo vengador, ahora iria,
ahora à destrozar con este azero
el barbaro à quien amas; de su indigno
corazon pasaria en el instante
à atravesar el tuyo, y solamente

sal-

saldria de él para clavar el mio.
Qué ! ¡Mientras Luis dechado de Monarcas,
al atonito Nilo hace la guerra,
para venir con golpe mas seguro
à libertar la Tumba Sacrosanta
del Redentor, Zayda su deuda se une
en himeneo à un enemigo suyo !
¿Con qué valor, oh Dios ! ¿Con qué verguenza
iré à decir à Lusiñan, que un fiero
tartaro es la Deidad que su hija escoge?
Quizá en este momento horrible espira,
pidiendo à Dios la salvacion de Zayda.

Zay. Querido hermano, tén la voz, y mira
que aun no conoces à tu hermana: acaso
no es indigna de tí. No me envilezcas
ni me confundas con tu atróz lenguaje.
Tu colera, tu enojo, tus baldones,
son para mi mas duros que la muerte
que te he pedido, y no has querido darme.
La situacion en que me vés, oprime
tu espiritu; tu sufres, ya lo advierto;
pero yo sufro aun mayores ansias.
Ojala que se hubiese congelado
en mis venas el curso de mi sangre,
el dia que en mi pecho se introduxo
la violenta ponzoña de este fuego
profano. El dia que Orosman rendido
de amor... Christianos, disculpád à Zayda,
¿pues quien pudiera reúsar amarle?
No hubiera cosa que por mi no hiciese:
me dió la preferencia en el Serrallo;
me complacia en todo: por mi sola,
humanó su altivéz y su fineza:
el ha restituído à los Christianos
la perdida esperanza, y à él se debe
la fortuna de veros: ah! perdona,
que tus iras, mi padre, mi ternura,
mi obligacion y mi resentimiento
son un suplicio que me despedaza,
y tu hermana infelíz muere este dia
mas que de amor de su remordimiento.

Ner. Al paso que te culpo, me lastimo
de tí, engañada Zayda: mas no dudes
que no permitirá la providencia
perezcas en error. Yo te perdono
los terribles combates que padeces,
pues Dios no te ha estendido todavia
su mano victoriosa. Aquella mano,
que aun al mas debil de vigor y esfuerzo
será el apoyo de una tierna planta
que cedió à los violentos uracanes.
No sufrirá que tu ya dedicada
à su culto, dividas tus afectos
tiernos entre él y un Scita. El Sacrosanto
Bautismo extinguirá ese fuego impuro,
y al fin vivirás fiel, ò serás martir.
Acaba el juramento ya empezado:
promete à Luis, à Europa y à tu padre,
y mas que todo al Dios que ya ilumina
tu corazon sincero, que animosa
resistirás se cumpla ese himeneo
aborrecible, hasta que ya el Sagrado
Ministro que te dixe, abra tus ojos,
y haciendote Christiana en mi presencia
te adopte Dios: ¿me lo prometes, Zayda?

Zay. Si lo prometo: hazme Christiana libre;
y à todo estaré pronta: vete, cierra
los ojos à mi padre moribundo,
su bendicion recibe: ¡oh quien pudiese
acompañarte! ¡Oh quien con él muriese!

Ner. A Dios: y pues sacarte no es posible
de este Palacio, lograré à lo menos
librarte del abismo mas terrible. *vase.*

Zay. Ya estoy sola mi Dios, ¿qué será ahora
de mi? Si tu gran Dios me amparas,
no te haré traicion. ¿Soy en efecto
Francesa, ò soy Sultana? ¿Soy la hija
de Lusiñan, ó de Orosman esposa?
¿Soy amante ò Christiana? ¡Oh Juramentos!
Oh Religion! Oh Padre! Oh Patria! Todos
quedaréis satisfechos; mas no viene
Fatima. En tan extremas turbaciones,
el universo me abandona. ¿Cómo
ha de sufrir mi corazon la carga
que hoy se le impone? ¡Dios omnipotente!

A tu Sagrada Ley está rendida
la triste Zayda, mas dispon benigno
que su amante se alexe de sus ojos.
¡Querido amante! ¿Quien me hubiera
dicho
esta mañana, que temer pudiera
hoy encontrarte? Yo que poseída
de tanto ardor no hallaba mas fortuna
que la de verte, hablar contigo, oírte
la tierna explicacion de tus amores,
desearte, y hacerseme infinito
el tiempo de tu ausencia! ¡Ah desdichada
que te amo, y amarte es un delito!

SCENA IV.

Salen Orosman, Corasmin, y despues Fatima.

Oros. Vén, que todo está pronto, el dulce fuego
que me enciende, no sufre ya, Señora,
detencion. Las antorchas de himeneo
brillando están, y el exalado humo
de los aromas llena la Mezquita.
Invocado ya el Dios del gran Profeta
oye mis juramentos, y preside
al sacro rito; el Pueblo prosternado
mil fervorosos votos por tí ofrece.
Todo se rinde à tu divina planta:
de todas tus ribales orgullosas
mi afecto disputarte presumian,
triunfarás hoy, juzgandose dichosas
en servirte y en ser esclavas tuyas.

Zay. Triste de mi, ¡qué me sucede!

Oros. Vamos.

Zay. Donde me esconderé?

Oros. Qué me respondes?

Zay. Señor...

Oros. Dame la mano, bella Zayda:
dignate...

Zay. Yo... Señor... Dios de mis padres,
¿qué puedo responderle?

Oros. ¡Con que gusto
veo en tí ese rubor! Cómo redobla
mi llama y mi ternura!

Zay. Oh Dios!

Oros. ¡Qué encanto
es para mi tu comocion! ¡Quan dulce
y eficáz atractivo es tu modestia!
Objeto de mi fé constante, vamos,
vamos ya.

Zay. Cielos! Fatima sostenme...
Señor...

Oros. Pues como...

Zay. Este himeneo era
una fortuna que me sorprendia:
no buscaba yo el trono y la grandeza:
de otro objeto mas noble se movia
mi corazon, hubiera deseado
unida à tus virtudes; posponiendo
por tí el Trono sublime del oriente,
sola y en un desierto con mi esposo
vivir... Pero, Señor, esos Christianos...

Oros. ¿Esos Christianos dices? ¿Pues que
tiene
que vér esa vil secta con tu llama?

Zay. Lusiñan, ese anciano venerable,
de dolor oprimido se halla ahora,
dando fin à su vida y desventuras...

Oros. ¿Y que interés tan intimo y tan tierno,
une tu corazon à ese cautivo,
que por ti se halla libre? Tu no eres
Christiana: te criaste en el Serrallo,
y mi religion sigues. ¿Un caduco,
à quien el paso de la edad derriba,
puede turbar tu prospero destino?
Esa amable piedad que de tí logra,
debe desvanecerse y olvidarse
conmigo en ocasion tan lisongera.

Zay. Señor, si amas à Zayda....

Oros. ¿Si te amo
preguntas? Ah!

Zay. Permite se difiera
esta union que formaste por tu misma
mano....

Oros. Qué dices? ¿Eres tu quien hablas,
Zayda?

Zay. No puedo sostener su vista
ni su colera.

Oros. Zayda....

Zay. Es muy terrible
para mi el disgustarte; mas perdona
al dolor que me oprime, si es que olvido

á

à un tiempo lo que soy y lo que debo.
Ese ayrado semblante me confunde
permiteme que lexos de tus ojos,
oculte mis desdichas, mis promesas,
mi desesperacion, mi amargo llanto,
y el horrible suplicio en que me veo.
Vase.

SCENA V.

Orosman y Corasmin.

Oros. Inmobil quedo, y con la voz helada
no es posible expresar las conmociones
de mi ofendido pecho: hablo conmigo?
¿Lo entendí bien? ¿Lo he visto bien? ¿Acaso
es de mi de quien huye? ¿Qué mudanza
tan repentina, Corasmin, es esta?
¿Y la he dexado ir? Me desconzco
à mi mismo.

Cor. Señor, quando eres causa
de la amorosa agitacion que sufre
su timidéz, ¿la acusas y te quexas?

Oros. ¿Mas porque es aquel llanto? ¿Aquel desvio?
Si aquel Francés... ¡Oh Cielo! ¡Qué sospecha,
que rayo me confunde! ¡Qué imprudente
fuí en resistir mi justa desconfianza!
Un barbaro, un esclavo vil tendria
la insolencia::: ay amigo! ¿Puede verse
Orosman en el triste abatimiento
de temer à un Christiano? Pero habla,
dime lo que has notado: tu pudiste
observar el lenguage de sus ojos...
Instruyeme de todas mis desdichas:
¿no hay traicion contra mi? Tiemblas? Te turbas?
Demasiado he sabido.

Cor. Señor, temo
que todo ha de aumentar tus aprehensiones.
Aunque la vi llorosa y consternada,
no advertí seña alguna que pudiese...

Oros. ¡Se me reservaria tal afrenta!
Pero no, que si Zayda me ofendiera,
con arte engañaria mi confianza;
y si su corazon perfido fuera,
disimular sabria su disgusto.
Mas dime, ¿aquel Francés gime, suspira?
¿Que me importa la causa de su llanto?
Puede no ser de amor: y aunque lo sea,
¿que temo de un esclavo que mañana
se ha de separar de ella para siempre?

Cor. Pues Señor, à pesar de la costumbre,
¿no permites que hoy en este sitio
solo segunda vez à hablarla vuelva?

Oros. Volver? Quién? El traidor? Si volveria;
mas moribundo, lleno de crueles
puñaladas à ser hecho pedazos
à vista de ella, y à mezclar su odiosa
vil sangre con la sangre de su amante.
Ah Corasmin! disculpa los excesos
de un corazon que siempre fue impetuoso,
que se abrasa de amor y está ofendido.
Conozco mis furores; pero temo
à mi debilidad que me sugeta
y abate à vergonzosas inquietudes.
No quiero, amigo, sospechar de Zayda,
que Zayda no nació para traíciones.
Pero tampoco esperes que me humille
à la vileza de sufrir caprichos,
tolerar inconstancias y desdenes,
dar quexas y pedir satisfacciones.
¡Qué indignidad seria executarlo!
De cobrar es forzoso el justo imperio
de mi mismo, olvidando desde ahora
aun el nombre de Zayda. Que se cierren
para siempre las puertas del Serrallo,
y à sus umbrales el terror habite.
Todo denote el freno de la triste
esclavitud. Sigamos la costumbre
antigua de los Reyes del oriente.
Baste que deponiendo la fiereza
alguna vez, miremos con ternura
à una esclava; pero es ignominioso
el llegarla à tener como Señora.
Dexemos que practiquen tal baxeza
los necios y engañados Europeos.

El ſexo peligroſo que parece
intenta ſometer al mundo entero;
ſi en la Europa domina, aqui obedece.

ACTO IV.

SCENA I.

Salen Zayda y Fatima.

Fat. Señora, la afliccion en que te veo
me compadece, y tu vida admiro.
El Dios de los Chriſtianos que te inſpira
eſa reſolucion, te dará fuerza
para que rompas el eſtrecho lazo
que con tanta violencia te comprime.
Zay. Podré acabar tan duro ſacrificio?
Fat. Si de veras à Dios pides tu gracia,
¿puedes dudar te la conceda y tome
tu docil corazon baxo ſu amparo?
Zay. Hoy mas que nunca neceſito, amiga,
ſu aſiſtencia y apoyo.
Fat. Y ſi no vieſes
à tu familia, el Dios à quien ahora
ſirves, te adoptará por hija ſuya,
te ſoſtendrá en ſus brazos amoroſos,
te hablará al corazon, y quando ſea
impoſible que aquel Sacro Miniſtro
entre en eſte Palacio...
Zay. Ah! ¡Que introduxe
yo miſma, yo, en el pecho de mi amante
la deſeſperacion, la cruda muerte!
¡Qué afrenta para mi! ¡Que accion indigna!
Tu lo quieres, mi Dios.... O quan dichoſa
hubiera ſido, ſi...
Fat. Pues que? ¿Te peſa
verte libre de un yugo ignominioſo?
¿Quieres poner en rieſgo la victoria
de tal combate?
Zay. ¡Ah Cielos! Qué infelize
victoria! ¡Qué virtud tan inhumana!
No ſabes todavia el ſacrificio
que voy à hacer: aun no he manifeſtado
el ſumo ardor de una paſion que era
el embeleſo dulce de mi vida,
de quien todas mis dichas eſperaba.
A ti, ¡mi Dios, ofrezco mis crueles
anguſtias, y regando en tu preſencia
con criminoſas lagrimas el ſuelo
que tu planta piſó, lloroſa exclamo,
librame de eſte amor, llena mi alma
de tu auxilio: mas Fatima, al momento
la imagen del que adoro, aquella imagen
ſeductora que eſtá ſiempre à mi viſta,
entre mi y entre el Cielo ſe interpone.
Al fin linage auguſto, real ſangre
que lates en mis venas, padre, hermano,
Chriſtianos; tu Dios mio, que me privas
de mi amante, dá fin arrebatado
à mis dias, que ya no hará ſer ſuyos:
haz que inocente eſpire, y que alomenos
aquella mano generoſa venga
à cerrar eſtos ojos que adoraba.
¿Qué hace Oroſman ahora? ¿No pregunta
ſi ya la triſte Zayda vive ò muere?
Ah! qué ya me ha olvidado! No es poſible
que Zayda à ſu abandono ſobreviva.
Fat. ¿Una iluſtre Princeſa que pretende
imitar à los Reyes ſus abuelos,
y que en los brazos de ſu Dios ſe halla,
ſe acuerda de un infiel?
Zay. ¿Porque mi amante
ha de ſer ſu enemigo? Nació acaſo
Oroſman para ſer victima ſuya?
¿Aborrecerá Dios tan generoſo
corazon, tan magnanimo y ſincero,
tan benefico, humano y compaſivo?
Què mas ſeria ſi Chriſtiano fueſe?
Ah! ſi viniera aquel Miniſtro Sacro
que deſea mi alma, à libertarme
de tanta confuſion como padezco!
Fatima, que ſé yo, ſi al fin podria
eſperar que eſte Dios de quien mil veces
la piedad y clemencia has elogiado,
ſufra benigno ſemejante alianza.
Puede ſer que adorandole en ſecreto

mi corazon perdone los combates
de un amor que à oponerſele ſe atreve:
puede ſer que de mi quiera ſervirſe
dexandome en el Trono de la Siria,
para que ſea amparo y protectora
de los miniſtros de Aſia. Bien lo ſabes,
amiga: el invencible Saladino,
que à mi familia arrebató eſte Imperio,
cuya clemencia fué deſpues del mundo
la admiracion; nació de una Chriſtiana.

Fat. Mas, Señora, no adviertes que procuras
liſongear....

Zay. Dexame: todo lo advierto:
no ſe me oculta que es indefectible
mi muerte; que es abſurdo quanto pienſo
y digo: que la patria, que la ſangre
me culpa y me condena, que ſoy hija
de Luſiñan, y que à Oroſman adoro:
que mis deſeos y mi triſte vida
ſe enlazan con la ſuya: algunas veces
pienſo en ir, y arrojandome à ſus plantas
declararle el conflicto.

Fat. Conſidera
que tal declaracion es muy poſible
arruinaſe à tu hermano: que pondria
en grave rieſgo à todos los Chriſtianos,
y que harías traícion al Dios piadoſo
que llamandote eſtá.

Zay. ¡Qué mal conoces
el magnanimo pecho de mi amante!

Fat. Tu amante es protector del rito impío
mahometano, y quanto mas ſe adora,
menos podrá ſufrir que nadie intente
reſtituir à un Dios que él abomina.
Aquel Miniſtro Sacro que deſeas,
vendrá en ſecreto à verte, y prometiſte
que.... *Vaſe.*

Zay. Bien venga: forzoſo es que le eſpere,
pues lo juré: con quanta repugnancia
ſe lo oculto á Oroſman.... Y para colmo
de deſdicha cruel, ya no me quiere.

***

SCENA II.

Salen Oroſman y Coraſmin.

Oroſ. Hubo tiempo, Señora, en que mi alma
de liſongero encanto ſeducida,
ſin ſonrrojo dexaba encadenarſe
de tu dulce atractivo, y en que tuvo
por virtud humillarſe à tus priſiones;
creía ſer amado, y lo debiera
eſperar tu Señor que ſe rendia
ſuſpirando á tus plantas: no imagines
que como amante debil y zeloſo
prorrumpa contra tí en reconvenciones
y vergonzoſas quexas: ofendido
con la mayor crueldad; pero muy noble
para fingir, y demaſiado altivo
para quexarme; à declararte vengo,
que el deſprecio mas frio y deſdeñoſo
de tus caprichos es la recompenſa.
No te prepares à engañar de nuevo
mi ternura, ni buſque ya razones
artificioſas, cuyo aſtuto y falſo
colorido mis ojos alucine;
y al fin te reſtituyan un amante
que olvidarte procura, y que temiendo
averiguar todo ſu oprobio, quiere
de tu deſvio aun ignorar la cauſa.
Otra ſubirà luego al regio ſolio
que mi amor ſe dignaba deſtinarte:
otra conocerá mas advertida,
el precio de mi amor y de mi mano.
Dificil me ſerá borrar tu imagen
de mi fiel corazon; mas ya reſuelto,
te moſtraré que ſoy capáz de todo,
y que quiero perderte, y apartado
de tu viſta morir del ſentimiento
que el haberte perdido ha de cauſarme
antes que poſeerte; ſi es forzoſo
que para conſeguirlo à tí te cueſte
ſolo un ſuſpiro que por mi no ſea:
vete ya para ſiempre, que mis ojos
no volverán à ver jamás tu echizo.

Zay. ¿Con que al fin tu, mi Dios, que vés mi pena
me privaſte de quanto apetecia,
y quieres que en mi alma reynes ſolo!

Bien está: mas Señor, pues que ya es cierto
que me olvidas...

Orof. No hay duda: así lo manda
el pundonor. Yo te adoré, y ahora
te abandono: tu misma lo deseas;
y otra fé mas sincera,.. Zayda, lloras?

Zay. Ah Señor! à lo menos no presumas
que es mi llanto por verme ya excluída
del solio de un Soldán; se que es preciso
perderte, mi desdicha lo dispone:
pero no has conocido todavia
mi corazon: el Cielo me castigue;
el Cielo que implacable me condena,
si apetecí jamás otra fortuna
que poseer el tuyo.

Orof. Tu me amas?

Zay. Si te amo? Ay de mi?

Orof. Pues que capricho
incomprehensible.. Zayda, si me quieres,
¿porque te esfuerzas à rasgar el pecho
del amante mas fino que vió el mundo?
¡Qué mal me conocia! En mis furores
creí tener poder sobre mi mismo;
mas no: mi corazon está muy lexos
de tan odioso poderío. Zayda
idolatrada, nunca el vengativo
Cielo permita que tu amante pueda
olvidar el amor con que le tienes
aprisionado: nunca.,. Quien? ¿Yo mismo
colocar en el Trono de la Siria
otra que tu no fueses? Jamás tuve
tal idea. Perdona mi despecho,
perdona estos desdenes afectados,
que miras facilmente desmentidos.
El unico será el postrer disgusto
que de mi experimente tu ternura.
Yo te amaré, te adoraré constante
toda mi vida. ¿Pero en que consiste,
que igualando tu ardor al mio, quieres
diferir mi ventura? Dí, es capricho?
¿Es temor de un Soldán que por tí dexa
de serlo? Es artificio? Quán odioso!
Escusale: las artes no se hicieron
para Zayda, que no las necesita.
El arte, la ficcion mas inocente
se acompaña con algo de perfidia.
Por mi parte jamás la he conocido;
arrebatado de un amor sincero
mi corazon...

Zay. Ah! Cómo martirizas
el mio con tu duda! Yo te amo;
yo te idolatro; y este amor extremo
es para mi el extremo de los males.

Orof. Males! Oh Cielo! Explicate. ¿Que siempre
con tu silencio has de ponerme en nueva
consternacion? Acaso...

Zay. Oh juramento!
Oh Eterno Dios! Qué haya de ser forzoso
callar ahora!

Orof. ¿Qué secreto horrible
es el que ocultas, Zayda? ¿Algun Christiano
conspira contra mi? ¿Hay quien me hace
traícion?

Zay. Si de alguno lo supiera,
corriendo me verías ir ansiosa
à interponer este amoroso pecho
entre su vida y su puñal. No: nadíe
te hace traícion: ninguna cosa debes
recelar, toda la desdicha es mia:
yo sola soy quien compásion merezco.

Orof. Compasion tu, bien mio? tu...

Zay. A tus plantas
temblando te suplico un favor solo.

Orof. Habla, y si quieres pideme la vida.

Zay. Vida que adoro! Ah! si yo pudiese
à costa de la mia prolongarla!
Oye... Señor... Permiteme que hoy sola,
lexos de tí, entregada à mi martirio,
oculte de tu vista un importuno
llanto: mañana todos mis secretos
sabrás.

Orof. Oh Zayda! Qué es lo que me pides?

Zay. Si el amor intercede todavia,
à mi favor concedeme la gracia
que te suplico.

Orof. Sea: no es posible
dexar yo de querer quanto quisieres:
à pesar mio lo consiento. Vete,
y no te olvides de que sacrifico
los mejores instantes de mi vida.

Zay. Tus palabras mi pecho han traspasado.

Yendose Zayda que vuelve la cabeza, y paseandose un poco dice.

Orosf. Zayda, me dexas?
Zay. Ah Orosman amado! *vase.*
Orosf. ¿Porque será esta fuga? Porque quieres...
Ah! Que es mucho abusar de mis bondades:
mientras lo pienso mas, menos concibo
la oculta causa de estas aflicciones.
Quando elevada por mi amor al solio,
en medio de la dicha que desea,
viendose en compañia de un amante
que se abrasa à sus pies, sus ojos donde
reside amor, ¿en lagrimas se anega?
Tales contradicciones ya me irritan...
Pero yo mismo soy menos injusto.
Delante de sus ojos ofendidos
estoy menos culpado. ¿De que puedo
quexarme? Pues me ama, que mas pido?
Razon será que mi condescendencia
borre la necia injuria de mis zelos:
si amigo, lo conozco: aquel semblante
es incapáz de engaño; y mi postura
está en la edad florida y venturosa,
en que reyna la candida inocencia:
de su sinceridad debo fiarme.
No hay duda que me adora: en sus miradas
he leído el amor que la consume,
y su alma cien veces à sus labios
para decirlo se asomó violenta.
¿Quien tendrá corazon tan fementido
que muestre tanto amor, y no le sienta?

SCENA III.

Sale Meledor.

Mel. Señor, este papel que se dirige
à Zayda, y que tus guardias han quitado...
Orosf. Damele... Quien le trae? Damele.
Mel. Uno
de estos Christianos viles que libraste
de esclavitud, Señor: en el Serrallo
queria ocultamente introducirse;
mas ya preso...
Orosf. Le voy à leer. À Zayda...
Dexanos. *vase Meledor.*
Qué será? Oh me estremezco!
Cor. Ese papel, Señor, te dará acaso
luces que calmen tu desasosiego.
Orosf. Leamos. Ah! La mano tiembla: el alma
sorprendida preveé que estos renglones
contienen mi destino: en fin leamos.
Lee. Querida Zayda, tiempo es ya de vernos;
cerca de la Mezquita hay una oculta
salida, por la qual secretamente
puedes venir sin que te vea nadie
à cumplir mi esperanza. Ya es preciso
que lo arriesguemos todo. Bien conoces
mi zelo. Aqui te aguardo: tén por cierta
mi muerte si es que olvidas tu promesa.
Que dices, Corasmin?
Cor. Que estoy pasmado
de ver iniquidad tan execrable.
Orosf. Mira como me tratan.
Cor. ¡Que inaudita
traícion! ¿Has de sufrir tan vergonzosa
afrenta tu, Señor, que poco hace
por un debil recelo te entregabas
à la mayor extremidad? Sin duda
accion tan vil arroja de tu pecho
un amor que tu gloria obscurecia.
Orosf. Corre, vete al instante, vete, vuela:
muestrala este papel, hazla que tiemble,
y con mil puñaladas al momento
que muera la perjura... Pero antes
que la hieras... amigo, no... detente...
esperate, no vayas... Antes quiero
que à su presencia venga aquel Christiano...
No quiero nada ya... Yo muero! Rindo
mi valor al exceso de mi pena!
Cor. Quien jamás ha sufrido tal ultrage?
Orosf. Conocí al fin aquel secreto horrible,
aquel secreto, aquel que no cabia
en su vil corazon. Aparentando
un rubor temeroso, de mi vista
ausente quiso estár por algun tiempo:
Lo permití, venciendome à mi mismo:
saliò llorando, y fue para venderme.
Ah

Ah! Zayda! Ah Zayda infiel!
Cor. Todo conſpira
à agravar ſu delito; mas no ſeas
tu, gran Señor, ſu victima inocente.
Oroſm. Es eſte el Nereſtan, el heroe lleno
de honor, el Europeo decantado,
que à Solima admiro con orgulloſo
fauſto aparente de virtud ſublime?
Yo le admiré tambien, y ſe indignaba
mi altivo corazon de que un Chriſtiano
le igualaſe en virtud. Ah! de que modo
ha de pagar ſu engaño abominable!
Mas Zayda ha cometido mayor culpa.
Una eſclava Chriſtana que yo pude
abandonar al vil abatimiento
en que nació..: una eſclava... Bien lo ſabe
lo que hice por ella. Ah! deſdichado!
Cor. Señor, ſi permitieſes que mi zelo...
Oroſ. La quiero ver y hablar. Eſclavo, vete

Sale Meledor y ſe retira luego.

y conduceme à Zayda aqui
al inſtante.
Cor. Que la podrás decir, quando te hallas..
Oroſ. Amigo, no lo ſe; mas quiero verla.
Cor. Con la perturbacion que te domina
prorrumpirás en quexas y amenazas:
harás que llore, y en ſu llanto miſmo
hallará ſu deſcargo: tus bondades
la ſuminiſtrarán irreſiſtibles
armas contra ti miſmo, y reduciendo
tu corazon, te obligará à que buſques
al fin razones para diſculparla.
Si mi zelo merece que le creas,
eſe papel oculta de ſu viſta,
y haz que la llegue por ſegunda mano.
De eſte modo à peſar de todo el fraude,
y la ſimulacion, podrás ſin duda
diſtinguir ſus ocultas intenciones,
y ver el artificio y las dobleces
de ſu pecho.
Oroſ. Pues que tienes à Zayda
por traydora? Mas ſea lo que fuere,
voy à intentar la ſuerte, y hacer quiero
la ultima prueba del valor. Veamos
haſta donde ſe eſtiende la perfidia
de una muger aſtuta.
Cor. Señor, temo
que ſi la ves....
Oroſ. No, amigo, nada temas,
no acertaré à imitarla en las ficciones;
mas ſabré reprimirme, porque tengo
firmeza y altivez. Ya que me humillan
al eſtado infeliz de que conozca
competidor, verán... Coraſmin, toma
eſte papel funeſto para ella,
para mi, y el infame que le ha eſcrito.
Vete, eſcoge un eſclavo, dale orden
que le ponga en ſus manos. De tu zelo
me fio. Yo entretanto de ſu viſta
me apartaré... Mas ella viene... Oh
Cielos!

SCENA IV.

Vaſe Coroſmin y Sale Zayda.

Zay. Señor, temblando llego. Porqué
cauſa
tan repentina vuelvo à tu preſencia?
Oroſ. Zayda, preciſo es ya que te declares
conmigo y que me inſtruias: eſta orden
importa mucho mas de lo que pienſas.
He viſto que los dos el uno al otro
haciendonos eſtamos infelices,
y quiero en fin que una palabra tuya
regle y decida nueſtra ſuerte. Acaſo
lo que por ti executo, ver rendidos
à tus plantas mi orgullo y mi diadema;
ver las ſolicitudes, los obſequios,
finezas, beneficios, confianza
que uſa contigo tu Señor excitan
en tí un efecto equivoco; que juzgas
ſer amor quando bien conſiderado
es ſolo gratitud. Llegó ya el tiempo
de deſcubrir los ſenos y doblezes
de tu alma: examinalos tu miſma,
y reſponde del modo que ſe debe
à mi ſinceridad. Si es que la fuerza
de otro invencible amor triunfa del mio,
y ſi à triunfar no alcanze le compite;
confieſalo: mi pecho generoſo
deſea perdonarte. Sacrifica
à mi fe el inſolente que te adora.
Repara, conſidera que te miro,

y te escucho benigno todavia;
que te es muy facil suspender mi rayo
y que este será el unico momento
en que yo pueda perdonar.

Zay. ¿Te atreves,
inhumano, à tratarme de este modo?
Pues mira bien que el corazon que injurias
y sobre el qual ha derramado el Cielo
un tormento de horror, sino te amase,
tendria aliento para resistirte:
y solo temo la funesta llama
que me debora. A ella solamente,
y al amor invencible que le excita
debes arribuir la vergonzosa
accion de sincerarme à que desciendo.
Ignoro si la muerte que me ultraja
destinó para tí mi triste vida:
mas sea lo que fuere, yo te juro
por el brillante honor que en este pecho
no menos que el amor tiene su trono,
que aunque recuperar pudiese Zayda
su arbitrio y libertad, detestaria
la pasion y el obsequio del Monarca
universal del Orbe y que qualquiera
sino tu le seria aborrecible.
Aun quieres saber mas? Aun conocerme
quieres mejor? Aun quieres que mi alma
llena de angustia y de dolor se ponga
mas patente á tus ojos todavia?
Pues sabe que por tí ya suspiraba
aun antes que tus tiernas expresiones
de mi debilidad fuesen disculpa:
que anticipando su pasion à todos
tus beneficios, ya te amaba quando
aun no me conocias; y que nunca
tuvo, ni tiene, ni tendrá otro dueño.
Hago testigo al Cielo à quien ofende
acaso mi pasion, que si merezco
su eterna ira como delinquente,
por tí ingrato, lo he sido solamente.

Oros. Aun quiere persuadirme que me adora! *aparte.*
Que exceso de maldad! Ah! la perjura
prosigue en sus engaños, quando tengo
prueba de su traicion.

Zay. Que me respondes?
Que sobresalto es ese que te agita?

Oros. No estoy con sobresalto; tu me amas?

Zay. Con ese feróz tono correspondes
à mi declaracion? De horror me llenas
hablandote de amor?

Oros. Me amas?

Zay. Puedes
tu, Señor, desconfiar de mi ternura?
Que furores son esos? Con que ojos
llenos de espanto y de terror me miras!
Que mudanza..¡Ay de mi, dudas ahora...

Oros. Nada dudo. Retirate, Señora.

SCENA V.

Vase Zayda y sale Corasmin.

Oros. Al extremo ha llegado su perfidia,
amigo Corasmin: sin inmutarse,
en medio de la culpa ha sostenido
su impostura y maldad. Está ya pronto
el esclavo? Has servido à mis furores?
Sabré al fin sus delitos y mi agravio.

Cor. Todavia, Señor, por una aleve: :
con que desden con quanta indiferencia
la debieras mirar sin arriesgarte!
A que se sigue à tu venganza justa
el arrepentimiento y à que vuelva
el amor contra tí todos sus rayos.

Oros. Ah Corasmin! la adoro mas que nunca.

Cor. Es posible, Señor...

Oros. Si; todavia
me queda alguna sombra de esperanza.
Ese Christiano aborrecible es joven,
impaciente, ligero, presuntuoso,
y con facilidad habrá podido
creer lo que desea. El indiscreto
y temerario amor pudo inducirle
à declararse. Una mirada sola
de Zayda puede haberle seducido
y apurado sus ojos: y creyendo
que le aman, el solo es quien me ofende.
Puede ser que los dos no estén de acuerdo.
Zayda, la hermosa Zayda todavia
no ha visto ese papel y por ventura
he creido mi ofensa facilmente.
Oyeme, Corasmin, quando la noche
venga à prestar su velo à los delitos,
è in-

é infelíz Nereſtan ſe acèrqué àl muro
del Serrallo, procura que la guardia
le prenda, que al momento ſe diſponga
un ſuplicio cruél é ignominioſo,
y que le traygan antes à mi viſta
cargado de cadenas: pero quede
Zayda en ſu libertad: nadie ſe atreva
à ofenderla: infelíz el que la diere
el diſguſto menor. Ya has conocido
lo violenta paſion con que la adoro:
mayores ſon mis iras, y yo propio
tiemblo de ellas. La infamia, la ignominia
en que llegas à verme ſumergido,
me ſonrroja... ¡Mas ay de los traydores
que à ofenderme ſe hubieſen atrevido!
Vanſe.

ACTO V.

SCENA I.

Salen Oroſman, Coraſmin y un Eſclavo.

Oroſ. Yá eſtá aviſada, y vá à ſalir al punto. *al Eſclavo.*
Mira bien que en tus manos tiene pueſta
ſu ſuerte tu Señor: dala eſa carta
de aquel Chriſtiano aleve, y examina
ſu ſemblante, ſus ojos, ſus acciones:
vuelve à decirme lo que te reſponda,
y à informarme de todo. Alguien ſe acerca,
y ella ſerá ſin duda. Fiel amigo *à Cor.*
de un Principe infelíz, vén à ayudarme
à ocultar mi furor y ſobreſalto.

SCENA II.

Vanſe Oroſman y Coraſmin, y ſalen Zayda y Fatima.

Zay. Quién ſerá el que me buſca? Y à quien puedo
hablar en mi afliccion? Ya eſtán cerradas
todas las puertas: ¿ſi ſerá mi hermano?
¿Si el Diós à quién adoro habrá diſpueſto
conducirle à mi viſta por caminos
ocultos, con el fin de que afianze
la fé en mi corazon? ¿Pero que Eſclavo
deſconocido es eſte?
Eſc. No receles,
Señora: eſte papel que ſe me encarga
entregarte en ſecreto, ſerá prueba
de mi fidelidad.

Dala el papel, lee Zayda, y entretanto dice Fatima.

Fat. Oh Dios piadoſo!
Haz que eſte dia brillen tus bondades:
haz que tu gracia, y tu favor deſciendan
à eſte profano ſitio, haz que ſe libre
mi querida Princeſa de las manos
del barbaro Oroſman.
Zay. Tengo que hablarte
à ſolas. *á Fatima.*
Fat. Vete Eſclavo, y eſtá pronto
para quando te llame.
Vaſe el Eſclavo.

Zay. Lee eſte carta,
y dime lo que debo hacer: quiſiera
obedecer la orden de mi hermano.
Fat. Dí mas preſto, Señora, las eternas
ordenes del gran Dios, que à ſus Altares
te quieren conducir. No como juzgas,
es Nereſtan; es Dios el que te llama.
Zay. Bien lo ſé, que à ſu voz no eſtoy rebelde,
ni indocil: cumpliré mi juramento:
¿mas como he de poner à los Chriſtianos,
à mi hermano, à mi miſma en tal peligro?
Fat. No cauſa ſu peligro tus temores:
la paſion amoroſa los ſugiere
à tu confuſo eſpiritu: conozco
tu corazon, y ſé que ſe expondría
à los mayores rieſgos, ſino fueſe
porque eſtá enamorado: al fin Señora,
conoces tus errores: ſolo temes
diſguſtar un amante que te ultraje.
¿No has viſto disfrazada en ſus caricias
el

el alma atróz de un tartaro ? ¿No has visto
q̃ aquel trigre feróz aun quando quiere
demostrar que te adora, te amenaza ?
¿Y aun así no resuelves arrojarle
del corazon ? Suspiras todavia
porque te dexa ?

Zay. ¿Con que causa puedo
quexarme de él ? Yo ¡soy quien le ha ofendido
llegando à persuadirle ; deseaba,
que en este dia se efectuase nuestro
himeneo fatál ; el aparato,
el Templo, el Trono estaban prevenidos,
lleno de amor venia à conducirme,
y yo lo suspendí : yo que debia
temblar en su presencia, tuve aliento
para dexar burlados sus ardores :
se sometió à mi gusto : quanto quise
le has visto executar, sacrificando
la amorosa pasion que le arrebata.

Fat. Ese amor infelíz de que está herido
tu corazon, ¿puede ocupar ahora
tu pensamiento ?

Zay. Ay Fatima ! que todo
conspira à fomentar, todo acelera
mi desesperacion. Bien sé que nadie
me sacará jamás de este Serrallo.
En la patria felíz de mis abuelos
quisiera verme libre, abandonando
esta mansion funesta para siempre;
mas luego desmintiendome a mi misma,
hago secretos votos, porque nunca
sea posible que yo salga de ella.
Que estado el mio ! Que afliccion ! Mi alma
perturbada no sabe lo que quiere
ni lo que debe hacer ; solo concibe
un panico terror. Oh Dios! Aparta
de mi pensamientos tan horribles:
cuida desde tu solio sempiterno
de los Christianos : cuyda de mi hermano :
conservame una vida tan amada:
verle y obedecerle quiero ahora;
mas al punto que parta de Solima,
y este fuera de riesgo disipando
con tu ausencia el temor busco à mi amante
y le declaro todos mis secretos:
le manifestaré la Ley que sigo,
verá mi corazon sincero, y juzgo
que ha de apiadarse de la triste Zayda.
Mas si por esta ley sufrir debiese

Prevencion para baxar las luces.

mil suplicios atroces, yo prometo
que no desmentirè la heroica sangre
que me dió el ser : vé Fatima querida,
conduce à Nerestan à este parage,
llama al Esclavo.

Vase Fatima.

Zay. Dios de mis abuelos,
de mi padre infeliz y de mi patria;
guiame con tu diestra, è ilumina
con tu luz mi alma confusa.

SCENA III.

Sale el Esclavo.

Zay. Esclavo,
di al Christiano que venga, y que nunca
faltaré à lo que tengo prometido.
Fatima estará prompta à darle entrada;
vamos aliento, Zayda desdichada. *vase.*

SCENA IV.

Baxan las luces, y salen Orosman y Corasmin.

Oros. ¿Con quanta lentitud para mi furia
corren estos instantes ? Qué te ha dicho ?

A el Esclavo.

Qué ha respondido ? Habla.

Esc. Señor, nadie
sintió jamás consternacion tan viva:
perdió el color, se estremeció, sus ojos
se bañaron en lagrimas, me hizo
retirar, y despues de breve rato,
llamandome con tremulas palabras
me prometió esperar en este sitio
al que esta noche ha de venir à verla.

Orof. Vete, ya basta: vete de mi vista. *vas.*
Odio me causan todos los mortales.
Dexame digo, dexame entregado

Vase Corasmin.

à mi furia: aborrezco al mundo entero:
me aborrezco à mi propio... como.... ¿donde
me hallo? Y quien soy yo? ¿En quien puse
mi amor? Ah Zayda! Ah Nerestan! Traydores!
Quitadme ya esta vida que aborrezco.
Para que es ya vivir? Tu fementida
Zayda, no gozarás.. Corasmin vuelva.

Vuelve à salir Corasmin.

¿Tu tambien me abandonas, cruel amigo?
Viene ya ese malvado?
Cor. [illegible]avia nadie parece.
Orof. [illegible] noche! Cruel noche!
¿Como prestas tu velo à semejante
iniquidad? Qué! Zayda... La perjura
despues de tanto amor y beneficios,
con tranquilo semblante y con serenos
ojos contemplaria la espantosa
caída de mi Imperio: en los horrores
de la mas dura esclavitud hubiera
conservado el valor y la constancia;
pero verme engañado por la misma
en quien puse mi amor...
Cor. ¿Y que pretendes
hacer? Qual es tu intento?
Orof. Escucha: ¿no oyes
alli una voz?
Cor. Señor...
Orof. Un pavoroso
rumor me ha estremecido. Ya, ya viene.
Cor. No Señor: hasta ahora à nadie siento.
En el silencio mas profundo se halla
sumergido el Serrallo: todos duermen.
Orof. Ah! Que el delito vela, y me persigue!
Atreverse à un exceso tan enorme!
¿Mi noble corazon no conocia,
ni mi ternura como la adoraba?
Que ardor el mio! Una caricia suya
me hubiera hecho felíz. De ella pendia
que yo fuese dichoso ó desdichado.
Ahora si viene: corre; ah que inhumana!
Cor. Señor, tu lloras? Orosman! Oh Cielos!
Orof. Son las primeras lagrimas que salen
de mis ojos; ya vés à que verguenza
me han hecho descender: mas te aseguro,
Corasmin, que estas lagrimas que admiras
son terribles, atroces, y la muerte
las seguirá. Ten compasion de Zayda:
tenla tambien de mi; la hora se acerca.
Precursor es mi llanto de la sangre,
que se ha de derramar.
Cor. Señor, yo temo que tu vida...
Orof. Si, tiembla, tiembla, amigo,
de mi amor, de mi agravio y mi venganza.
Cor. Parece que à los muros de Palacio
se acerca alguno.
Orof. Vé corriendo, prende
à Nerestan al punto: haz que le traigan
à este sitio cargado de cadenas.

SCENA V.

Vase Corasmin, y sale Zayda y Fatima

Zay. Fatima, vén.
Orof. Qué escucho! Esta es la dulce
y encantadora voz que tantas veces
me ha seducido, el alevoso acento,
organo del engaño y la impostura.
Ah perfida! Venguemonos... es ella?
Saca el puñal.
Si, ella es... atróz destino: Zayda...
Oh Dios! El puñal huye de mi mano.
Zay. Vén no me dexes.... vén por aqui: alienta
mi valor, que se rinde.
Fat. Ya no puede
tardar mucho en venir.
Orof. Esta palabra
vuelve à encender mi furia.
Zay. Temerosa

muevo la planta: el corazon palpita.
¿Eres tu Nereſtan à quien aguardo
tanto tiempo ha?

Oroſ. Yo ſoy à quien ofendes.

Dala con el puñal.

Muere à mis pies, perjura.

Zay. Dios piadoſo!

Cae muerta.

Fat. Qué es eſto?

Arrojandoſe de rodillas à reconocer à Zayda.

Ah infelíz!

En la miſma poſtura volviendoſe ácia Oroſman.

Barbaro!

Haciendo alguna coſa que ſignifique dolor, procura aſegurarſe de que Zayda eſtà muerta.

Zayda.

Queda como abſorta de rodillas, apoyada la cabeza ſobre Zayda, y entre tanto ſe mueſtra Oroſman ſobreſaltado y confuſo.

Oroſ. Vengué mi injuria: vamonos: adonde
he de ir q̃ no enqüentre... no es poſible...
Que he executado yo? Lo que debia:
caſtigué ſu maldad... Mas aqui viene
ſu amante, à quien envia la fortuna
para que ſe complete mi venguanza,
y mi gozo cruel.

SCENA VI.

Luces arriba, y ſalen Oroſman, Zayda muerta, Nereſtan, Fatima, Coraſmin y Eſclavos que traen apriſionado à Nereſtan.

Oroſ. Malvado, llega:
acercate, traydor, que me privaſte
para ſiempre del bien que mas amaba.
Deſpreciable enemigo, que aparentas
aun ahora el aſpecto y la oſadia
de un heroe con el alma de un cobarde,
en virtud disfrazabas tu malicia
para ofuſcar mis ojos y ofenderme.
Lo has conſeguido: vé; la recompenſa
tienes pronta, diſponte à recibirla.
Igualarán tus males à los males
que por tí ſufro, à las ingratitudes,
à las atrocidades, los horrores
de que eres cauſa. Eſtá pronto el ſuplicio?

Cor. Si Señor.

Oroſ. Ya, ya empiezas à ſentirle
en tu villano corazon. Tu viſta
ſe eſtiende à todas partes, procurando
hallar à la perjura que contigo
concurria de acuerdo à mi deshonra.
Mirala que aqui eſtá.

Ner. ¿Que es lo que dices?
Que horror...

Oroſ. Mirala bien.

Ner. ¿Pero que veo?
Zayda? Mi hermana ya no vive. ¡Ah monſtruo!
¡Dia de horror!

Oroſ. Su hermana! ¿Que he eſcuchado?
Serà cierto...

Ner. Si, barbaro: vén, ſaca
de eſte afligido pecho con tu dieſtra
la ultima gota de una ſangre auguſta.
Luſiñan fué nueſtro infelice padre,
Luſiñan, que al dar fin à ſus miſerias
hoy en mis brazos, me ordenó viniese
à traer à ſu hija deſdichada
ſu à Dios poſtrero, ſu poſtrer mandato,
A confirmar venia en ſu afectuoſo
y tierno corazon el indeleble
culto de ſus abuelos: con ofenſa
de nueſtro Dios y nueſtra Ley te amaba:
era delito y Dios te ha caſtigado.

Oroſ. Zayda me amaba? Fatima di, es cierto?
Su hermana? Amado yo?

Fat. Si, ſi, inhumano:
amarte era la injuria que te hacia:
fiera cruel cebada en ſangre, acabas
de dar la muerte, à quien à peſar tuyo
no pudiendo dexar de idolatrarte,
eſperaba que el Dios de los Chriſtianos
admitieſe ſus lagrimas ſinceras,
y diſculpando ſu paſion piadoſo,
tal vez conſentiria que ſe unieſe
contigo en himeneo: tan creida

la tuvo de este engaño su amoroso
y tierno corazon, que vacilante
entre su Dios y entre tu amor estaba.

Oros. Bastante has dicho. ¡Oh Cielo! Ya
es ocioso
saber mas: infeliz! Zayda me amaba?

Ner. ¡Que te detiene? Sacia tus rencores.
Yo soy solo el que resta de la sangre
gloriosa con la qual habeis regado
tu y tu padre feróz estos paises.
Uneme pues, à mi infeliz família,
uneme al heroe, cuya hija acabas
de asesinar. Pregunta si están prontos,
barbaro, tus suplicios. Desperdicio,
y desprecio tus iras desde el punto
q has hecho sufra el mas atróz de todos.
Mas si la sed ardiente de mi sangre
dá lugar à que escuches todavia
las cosas del honor; quando me arranques
este postrer aliento, no te olvides
de haberme prometido que pondrias
en libertad los miseros Christianos.
¿Será capáz tu mano implacable
de accion tan generosa? Dí: con esto
gustoso iré à morir.

Oros. ¡Ah! Zayda! Zayda!

Cor. A donde vas? Señor, vuelve en tí;
evita....

Ner. ¿Que resuelves?

Oros. Quitadle las cadenas.
Escucha, Corasmin: haz que al instante
queden en libertad sus compañeros,
y con prodiga mano distribuye
mis liberalidades à estos tristes
Christianos. Colmalos de beneficios.
Llenalos de riquezas: hasta el puesto
de Jope vé tu mismo à acompañarlos
y servirles de escolta.

Cor. Señor, mira.....

Oros. Obedece y en nada me repliques:
vete à cumplir la voluntad suprema
de un Soldán que te manda, y de un
amigo
que te lo pide: vé, no pierdas tiempo.
Y tu guerrero ilustre, y desgraciado,
(mas no tan infelíz como yo) dexa
para siempre este clima sanguinoso.
Tu Rey y tus Christianos en sabiendo
tus desventuras, no es posible hablen
de ellas sin derramar amargo llanto.
Pero si por tu medio conociesen
la verdad detestando mi delito,
tambien espero que me compadezcan.
Lleva contigo este puñal terrible
que mi atròz frenesí clavó en el pecho
que debeis venerar como sagrado.
Diles que he dado muerte à la mas digna,
mas virtuosa muger que el Cielo pudo
adornar de inocencia y de hermosura.
Diles que el corazon y el solio habia
sometido à sus pies. Dí que engañado
bañé mi diestra en su inocente sangre:
dí que la amaba, y dí que la he vengado.

Se hiere con un puñal, y cae en brazos de un Esclavo: y dice à los suyos.

Respetád à ese joven; conducidle.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutó,
Impresor y Librero, en la Libretería.